

GATOS, TIGRES, TAPICES Y TABIQUES

Cervantes, a través del Quijote, ha enseñado a muchos escritores y a mí entre ellos, que escribiendo es posible jugar, que la literatura es un espacio lúdico, un recinto de libertad donde es posible imaginar y crear todo, donde está permitido alargar y acortar el tiempo y modificar el espacio. Cervantes nos ha enseñado que el escritor es un encantador que puede con su obra moldear, malear y modificar todo lo que se le ocurra.

En el Quijote se nos enseña también que el juego literario está en cualquier parte y puede empezar en cualquier momento, hoy mismo, aquí y ahora. Veamos.

Me encontraba yo hace unos cuantos años en una ciudad española. Era pleno mes de agosto y estaba empeñado en recorrer a pie varios tramos de la llamada Vía de la Plata, que va desde Sevilla hasta Astorga. Me acompañaba mi hijo, que entonces tendría unos catorce años. Todavía hoy no sé cómo conseguí convencerle para que viniese conmigo en aquella aventura. El caso es que se dignó a acompañarme.

Aquella noche nos encontrábamos en la ciudad de Salamanca. Después de una dura caminata, cenamos y nos retiramos a la habitación del hotel. Como he dicho, era agosto, era de noche y hacía un calor infernal. Dejé la ventana abierta y me metí en la cama. En la de al lado, mi hijo leía algo. También yo, cogí mi libro y me dispuse a leer. No recuerdo ahora qué libro estaba leyendo, pero sí que enseguida me enfrasqué en su lectura y me dejé llevar.

Tras un buen rato leyendo oí de repente un gato que maullaba desde el balcón del edificio de enfrente. Mientras continuaba leyendo recuerdo que pensé que los dueños del gato eran unos irresponsables por haber dejado al pobre animalito encerrado en el balcón e irse ellos por ahí a tomar copas. Dudé si levantarme o no a cerrar la ventana, pero por pereza no me moví y continué con mi lectura. El caso es que el gato continuaba maullando, y cada vez con más fuerza. Como he dicho antes, no recuerdo el título del libro que estaba leyendo, pero sí que su lectura me tenía atrapado porque me costó un buen rato darme cuenta de lo que estaba ocurriendo en realidad. Y esto fue cuando en la pared que separaba mi habitación de hotel con la de al lado comencé a oír unos golpeteos repetidos, muy insistentes, pom pom pom pom, que se superponían a los maullidos in crescendo del gato. Dejé el libro a un lado mientras rápidamente y con fuerte sobresalto me percaté de que por allí no había ningún gato. El balcón de enfrente estaba tranquilo y sin gato. Era en la habitación de al lado, en cambio, donde se producían aquellos maullidos y gritos y golpes que no cesaban.

Con mucho cuidado y prevención acerqué el oído hasta la pared. No sin cierto temor recordé que había sido en esta misma ciudad de

Salamanca, en la que me encontraba, donde contaba Lazarillo de Tormes lo que le ocurrió con su amo el ciego a la salida de la ciudad, al decir: “Y llegando a la puente, donde a la entrada de ella está un animal de piedra que casi tiene forma de toro, el ciego mandome que llegase cerca del animal y, allí puesto, me dijo:

-Lázaro, llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro de él.

Yo, simplemente, llegué, creyendo ser ansí. Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días duró el dolor de la cornada”.

Al no haber en mi habitación ni ciego ni toro que me diese cornada alguna, me acerqué algo más tranquilo hasta la pared y agucé el oído para oír lo del otro lado.

Allí no había gato sino tigre, y más que tigre, como al momento pude darme cuenta, tigresa. Una tigresa en celo con fuerte domador al lado. Al lado o encima. O debajo, que eso no podía yo saberlo. El insistente golpeteo, pom pom pom pom, de la cama al chocar contra nuestra pared, unido a los chillidos de la tigresa y a los jadeos del domador, hicieron que se esfumara la plácida tranquilidad de lectura en la que hasta entonces había estado instalado. Perdí la atención por el libro que estaba leyendo y no me atreví a girar la cabeza por ver si mi hijo, que suele ser muy observador, estaba dormido o, por el contrario, bien despierto. Yo temía muy mucho que en cualquier momento se dirigiese a mí y hablándome no en mala lengua castellana sino en buen vizcaíno, o sea, en euskera, me preguntase qué era todo aquel alboroto. Afortunadamente, no lo hizo, por lo que confié en que se hubiera dormido antes, puesto que no me había comentado nada, ni en euskera ni en ningún otro idioma, de los ruidos que provenían de la habitación de al lado.

En esto, mientras continuaba la escandalera, la voz del domador se elevó por encima de cualquier otro ruido. No pude distinguir lo que le dijo, pero como la fiesta iba en aumento, imaginé por un momento que el domador, bien crecido ya, decía como un don Quijote cualquiera ante la puerta de la jaula de los leones: “¡Tigrecitos a mí!”, mientras continuaba con la feroz embestida arremetiendo con todo su furor sexual. Y es verdad que la dama parecía ser una tigresa en celo, tal era los gritos que despedía. La cama chocaba sin cesar contra el tabique que separaba las dos habitaciones, pom pom pom pom, como una especie de morse o código secreto que me trasmitía un mensaje que yo, en aquel momento de confusión, no acertaba a descifrar.

No me movía yo ni un ápice ni tampoco osaba mirar hacia dónde estaba mi hijo. Hacía como que seguía leyendo y él ..., quiero creer que dormía y no se daba cuenta de nada.

Yo, por mi parte, visto que aquello arreciaba, sin atreverme a mirar hacia la cama de al lado, decidí al momento, como bien hiciera don Quijote, meterme en la cueva de Montesinos, quiero decir que apagué la luz y se hizo la oscuridad total. Y ahí es donde me di cuenta de que la teoría de la relatividad es correcta. A don Quijote, sumido en aquella cueva, una hora le pareció tres días y tres noches y a mí cada minuto en aquella oscuridad me parecía un siglo, es más, me parecía que víctima de un encantamiento el tiempo en aquella habitación de hotel se había detenido. Todo se había detenido menos los golpes y jadeos del otro aposento, que parecían no tener fin. En aquel momento en que continuaba oyendo los ruidos provenientes del tabique de al lado, me hubiera gustado ser sordo como una tapia. O por lo menos, que lo fuera mi hijo.

En aquella situación tan delicada mi cabeza no paraba de dar vueltas. Me imaginé que el libro que estaba leyendo, por culpa de algún maligno encantador, se trastocaba en el Quijote, y no sólo el libro sino también la habitación donde estaba e incluso el hotel entero, y dándome cuenta de ello, dije para mí: “¡Aventura tenemos, amigo Joxemari!” Y así imaginé leer el comienzo de la novela que, ahora, empezaría así: “En algún lugar de este hotel de cuya habitación no puedo recordar el número, no hace ni mucho rato que oí lo que me parecieron ser unos extraños ruidos...”

Imaginé también que aquel hotel, que en algún momento había sido castillo, se había convertido por arte de encantamiento en rústica venta, cual venta de Maritornes, o también en aquella otra venta de la que se dice que se encontraba don Quijote en su habitación tras haber cenado y que en otro aposento que junto al de don Quijote estaba, que no le dividía más que un sutil tabique, oyó decir don Quijote que hablaban de él y de la segunda parte del libro don Quijote de la Mancha. Y que oyendo lo que oyó quiso cambiar su rumbo y en vez de ir a Zaragoza decidió que se dirigiría a Barcelona.

Y yo, visto lo cual y acordándome de aquello, decidí en aquel momento cambiar también mi rumbo, que fue dejar aquella venta, digo hotel, y marcharme a otro. Se dice en la novela de Cervantes que madrugó don Quijote y, dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Dudé yo si hacer lo mismo a la mañana siguiente cuando mi hijo y yo nos dispusimos a abandonar el aposento, y despedirme de la fogosa pareja, pero decidí no hacerlo. Justo entonces, cuando nos disponíamos a abandonar nuestra habitación, se abrió también la puerta de la de al lado. Alguien sacó una maleta y la depositó en el pasillo. Imaginé entonces que otro Cide Hamete Benengeli me iba indicando lo que iba a ocurrir a continuación.

-¡Mira, la maleta de Cardenio! –pensé. –Ahí dentro va el librito de memoria donde está escrita toda la noche de amor que acaban de disfrutar. ¡Qué a gusto les metería un gato dentro!

En el hall del hotel había mucha gente frente al mostrador de recepción: grupos, parejas, turistas, foráneos y lugareños. Yo buscaba ávidamente con la mirada una pareja, él un hombre joven y robusto, el domador, ella una hermosa dama, lozana y desafiante, la tigresa, pero no encontré nada parecido. Se diría que el mago Frestón había convertido a dicha pareja en un par de viejecillos, jubilados, que protestaban ante el recepcionista a cuenta de no sé qué.

¿Os habéis fijado que a Cervantes le encantaban los tabiques? Y a Shakespeare también. Les encantaban los tabiques para poder oír conversaciones ajenas, les encantaban los tapices para que sus personajes pudieran esconderse y escuchar sin ser vistos. Como los personajes de Cervantes y de Shakespeare no disponían ni de móviles, ni de wasap ni de facebook ni twitter para cuchichear, cotillear, para enterarse y difundir chismes, se servían de tabiques, tapices y ventanas que suplían el papel de los móviles de hoy en día. En Hamlet incluso los tapices sirven de móviles de tercera generación o dimensión, uniendo lo virtual con lo real, pues además de servir para oír sin ser visto sirven para, atravesando dicho tapiz con una espada, matar a gente.

Este uso abundante de tapices y tabiques viene de mucho antes. Incluso ya en *La Celestina* (1.499): va Elicia hasta casa de Areúsa y se ponen a hablar.

Elicia: A tu puerta llaman. Poco espacio nos dan para hablar.

Sosia: Ábreme, señora. Sosia soy, criado de Calisto.

Areúsa dice a Elicia: Por los santos de Dios, el lobo es en la conseja.

Escóndete hermana, tras ese paramento, y verás cuál te lo paro, lleno de viento de lisonjas, que piense, cuando se parta de mí, que es él y otro no.

Veamos en el *Hamlet* shakespeariano (1.600):

Rey: ¿Y cómo podríamos indagarlo a fondo?

Polonio: Ya sabéis que él acostumbra a pasearse cuatro horas seguidas por la galería.

Reina: En efecto.

Polonio: Pues en tal ocasión le suelto a mi hija; vos y yo, entonces, nos colocamos detrás de los tapices y observamos el encuentro.

- - -

Rey: Retiraos también vos, mi amada Gertrudis, porque hemos mandado llamar en secreto a Hamlet, a fin de que se encuentre aquí con Ofelia como por casualidad. Su padre y yo, representando el papel de leales espías, nos apostaremos de modo que, viendo sin ser vistos, podamos juzgar libremente del encuentro, y colegir por su conducta si es o no el sufrimiento de su amor lo que le aflige.

Reina: Voy a obedeceros.

Polonio: Paséate por aquí, Ofelia. (Aparte al Rey) Si place a Vuestra Majestad, apostémonos aquí. Oigo que viene, retirémonos, señor.

- - -
Polonio: ¡Hola, Ofelia! No necesitas contarnos lo que ha dicho el príncipe Hamlet: todo lo hemos oído. (Al Rey) Señor, si lo creéis oportuno, haced que después de la representación la reina su madre llame a Hamlet a solas y le inste a descubrir sus penas. Y yo, si me lo permitís, me pondré al acecho donde pueda escuchar toda la conversación.

Rey: Así se hará.

- - -
Polonio: Hamlet vendrá ahora mismo. ¡Os ruego que le habléis claro! Yo voy a esconderme aquí mismo.

Reina: Os lo aseguro; no temáis por mí. Retiraos; oigo que viene.

Hamlet (cogiendo a la Reina por el brazo y obligándola a sentarse):

¡Vamos, vamos! ¡Sentaos, no os moveréis de aquí!

Reina: ¿Qué intentas? ¿Quieres matarme? ¡Socorro, socorro!

Polonio (Detrás del tapiz): ¿Qué pasa? ¡Oh! ¡Socorro!

Hamlet (Desenvainando): ¿Qué es eso? ¿Un ratón? (Tira una estocada a través del tapiz). ¡Muerto! ¡Un ducado a que está muerto!

Polonio (detrás del tapiz). ¡Oh! ¡Me han matado!

Reina: ¡Ay de mí! ¿Qué has hecho?

Hamlet: ¿Y qué soy yo? ¿Es el rey?

Reina: ¡Oh, qué acción más loca y criminal!

Hamlet: ¡Criminal! ¡Casi tan horrible, buena madre, como matar a un rey y casarse luego con su hermano!

Reina: ¡Matar a un rey!

Hamlet: Sí, señora; ésas son mis palabras. (Levanta el tapiz y descubre el cadáver de Polonio). Y tú, miserable, temerario, entrometido bobo, ¡adiós! Te había tomado por alguien más elevado; sufre tu suerte.

Don Quijote cambió Zaragoza por Barcelona. Al día siguiente yo cambié de hotel. Cenamos, llegó la noche y me metí en la cama. Estaba yo leyendo mi libro cuando de repente sonó el teléfono. “Ya está, aventura tenemos amigo Joxemari”, pensé mientras descolgaba el aparato.

-Diga -dije.

-Ramón, Ramón -dijo la voz al otro lado del hilo.

-No, se ha equivocado -le contesté.

-¿Por qué le dijiste eso, desbaratando así el comienzo de la aventura? -Se preguntará quizá ahora alguno de vosotros. O el propio don Quijote, mohíno y colérico, me preguntaría lo mismo que a Sancho Panza: “¿De qué temes, cobarde criatura, corazón de mantequillas? ¿Por qué no le dijiste que tú eras Ramón?, se me podría preguntar.

-Pues porque aquella voz era de hombre y no de mujer. Si hubiera sido una mujer habría seguido el juego, me hubiera transformado en Ramón y habría

sido aquello quizá el comienzo de una nueva aventura... pero, era varón, no estaba yo interesado.

Bien. ¿Por qué he dicho lo que he dicho? ¿Por qué he contado todo esto? También yo tendré que explicar la historia, como se nos dice en el Quijote que hacía Orbaneja, el pintor de Úbeda, al cual preguntándole qué pintaba, respondió: “Lo que saliere”. Tal vez pintaba un gallo, de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese debajo: “Éste es gallo”, porque no pensasen que era zorra. Y así debe de ser mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla.

Pues bien, la lección de todo esto es que gracias a Cervantes y al Quijote los escritores sabemos que en cualquier objeto, en cualquier cosa podemos hallar motivo de escritura, y que escribiendo podemos jugar, dando con ironía y humor sentido lúdico a la vida. “¿Quién va allá? ¿Qué gente? ¿Es por ventura de la del número de los contentos, o la del de los afligidos?” – pregunta el caballero del Bosque. Ese sentido lúdico que propone Cervantes nos invita a los escritores a que seamos del grupo de los contentos. Y si aceptamos que los escritores podemos jugar con todo nos sentiremos como don Quijote y Sancho en Barcelona, que tendieron la vista por todas partes y vieron el mar, hasta entonces dellos nunca visto, con una sensación de gran libertad.

Yo, como he pensado que en este Encuentro me iba a encontrar con numerosos y sesudos críticos y especialistas en el Quijote y en Cervantes, he escrito para la ocasión este texto ligero y juguetón para entretenimiento y solaz de los presentes. Y para terminar quiero hacerlo con un aviso: sabéis que las paredes oyen. “La duquesa y Altisidora, con gran tiento y sosiego, paso ante paso, llegaron a ponerse junto a la puerta del aposento, y tan cerca, que oían todo lo que dentro hablaban”. Ojo pues con las puertas y con los tabiques. Y mucho ojo con los gatos por la noche. Quedáis avisados.

Muchas gracias.

Joxemari ITURRALDE

